

*La moral en el ámbito de las Relaciones Internacionales.
Maquiavelo en el debate entre E. H. Carr y Hans J. Morgenthau.*

Miguel Fernández de la Peña (UCM)

miguel04@ucm.es

Investigador predoctoral (FPU: 2018-2023) en el Departamento de Historia, Teorías y Geografía Políticas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM. Elabora una tesis doctoral en torno a la relación entre verdad y política en la obra de Maquiavelo. Desarrolla su docencia en varias asignaturas en el campo de la Teoría Política.

Resumen:

E. H. Carr y Hans J. Morgenthau son considerados los dos padres del realismo político moderno. En la construcción y depuración de dicho paradigma de las Relaciones Internacionales, partieron de la recuperación y crítica de algunos clásicos de nuestra rama. Uno de estos autores más presente en el debate entre ambos es Nicolás Maquiavelo, cuya obra y caricatura histórica aparece como una excusa para discutir el papel que la moral debe tener en el ámbito internacional.

Palabras clave:

Carr, Morgenthau, Maquiavelo, política, moral.

1. Introducción:

El debate entre E. H. Carr y Hans J. Morgenthau, o más bien la crítica de este último al primero, es un famoso encuentro teórico en el ámbito de las Relaciones Internacionales en el que las propuestas de Nicolás Maquiavelo aparecen insertas dentro del debate en torno al realismo político y sus consecuencias morales. Así, si bien ambos autores toman

el testigo de autores clásicos como el propio florentino, Tucídides o Hobbes, son estos dos académicos del siglo XX los que consolidan la idea de realismo político dentro del estudio internacional. El debate entre ambos entra de lleno en la cuestión moral a partir del momento que, mientras que Carr se define a sí mismo como pragmático, Morgenthau lo ataca por considerar que está defendiendo es un relativismo moral que impide el desarrollo de una verdadera comunidad internacional, objetivo por el cual sería imprescindible encontrar y revitalizar una nueva moral trascendental.

2. Carr: entre realismo, utopía y relativismo.

La obra de Carr se mueve entre los dos polos: un análisis del poder en términos realistas y una propuesta normativa para un nuevo horizonte para la política, una nueva utopía¹. Sus obras de madurez se elaboraron en los albores de la Segunda Guerra Mundial, en un contexto marcado por una crisis moral que amenazaba por dejar atrás el modelo de democracia liberal, el derecho de autodeterminación y el libre comercio que habían imperado hasta la Primera Guerra Mundial, en lo que hasta entonces se había conocido como doctrina de la armonía de intereses (Carr, 1942: 102). En sus propias palabras, el orden anterior había sucumbido: “We cannot return to the old peace: it is dead. We cannot escape from war until we have found some other moral purpose powerful enough to generate self-sacrifice on the scale requisite to enable civilization to survive.” (Carr, 1942: 116). Ya no era suficiente elaborar nuevos pactos o satisfacer las reclamaciones territoriales de cada nación, puesto que el fracaso del Tratado de Versalles había mostrado que cambiar la localización de las fronteras no era una medida eficaz: era necesario cambiar el significado de estas, redefiniendo las relaciones entre países por medio de un nuevo punto de vista, de una nueva fe, de un nuevo horizonte para la civilización.

En esta búsqueda de una nueva utopía el cristianismo podía jugar un rol fundamental, en tanto que una reelaboración podría servir para encontrar valores comunes entre los pueblos que permitieran de nuevo un proyecto colectivo a modo de principio universal que evitase la guerra. A su vez, el comunismo, a pesar de haberse desgastado como doctrina a causa la corta perspectiva de algunos de sus líderes, podía todavía ser un impulsor de valores, como había mostrado la lucha en su nombre contra el fascismo (Carr,

¹ “The application of power alone would not suffice to enable such a transformation. Power had to be applied in pursuit of some moral purpose. For a realist who saw morality as a function of power, it is perhaps surprising that Carr declared that ‘the fundamental issue is moral’.” (Kenealy y Kostagiannis: 241).

1942: 117). Así, la nueva fe que debía venir debía enunciarse como una propuesta hecha en positivo, con unos valores que sostener y no meras negaciones del enemigo (1), apelar al hombre común como consumidor y pequeño poseedor (2), dar respuesta al problema económico (3) y al problema del desempleo (4), hablar el idioma de la igualdad (5), apelar más a las obligaciones y deberes con la comunidad que a los derechos (6) elaborando una ambiciosa teoría de cómo una amplia y verdadera comunidad internacional debía funcionar (7), y debía crear un nuevo balance entre libertad y autoridad, en el ámbito de lo político, pero también en lo económico (8) (Carr, 1942: 118-125). Estos puntos servirían para la creación de nuevas alianzas, que fueran mucho más allá de los meros pactos. De hecho, resulta especialmente claro que en su comprensión de Europa ya se entreveía la necesidad de crear interrelaciones europeas muy amplias, estableciendo lo que llamó “European Planning Authority”, que entre otras cosas debía servir para establecer fuertes lazos económicos a nivel europeo, evitando las terribles consecuencias que el aislamiento había traído anteriormente (Carr, 1942: 255-256). De ese modo, Carr estaba planteando un escenario en el que los Estados-Nación convivieran con una serie de agencias internacionales especializada en diversos como la integración económica, militar o el transporte, de tal modo que no era tan necesario negar el rol del nacionalismo y su construcción de unidades culturales tradicionales como mantener un sistema de alianzas y lealtades entrelazadas (Kenealy y Kostagiannis: 235).

Esta fe en un nuevo horizonte convive en la obra de Carr con pasajes en los que da muestra evidente de su comprensión relativista de la moral y la política, lo cual le mantiene en el difícil equilibrio que podemos encontrar entre la específica lógica del poder y la justificación moral. Por tanto, el contenido realista de su obra le lleva a considerar, entre otras cosas, que lo que es justo solo puede ser juzgado desde una perspectiva o unos estándares históricos, de tal modo que la mera victoria en una empresa suele generar una interpretación histórica positiva. Así, el autor considera que los Padres Fundadores de EE. UU. habrían sido recordados como una banda de turbulentos fanáticos sin escrúpulos si la Guerra de Independencia hubiera acabado en desastre para el lado americano (Carr, 1946: 67). Este relativismo moral se percibe con toda claridad si tenemos en cuenta que para Carr las teorías de la moral social son siempre el producto de la identificación, llevada a cabo por parte del grupo dominante, entre los intereses de la propia clase dominante con los de la comunidad en total, de tal modo que las teorías de moral internacional son, igualmente, producto del grupo dominante de nacionales (Carr,

1946: 79). De ese modo, Carr dice apoyarse en una frase de Maquiavelo según la cual la moralidad sería producto del poder, a partir de la cual concluye que la clase dominante impone sus valores al resto de la comunidad como si fueran los valores del bien común y no de su propio interés (Carr, 1946: 80-81). Por tanto, para Carr no es cuestión de que los seres humanos fracasen al tratar de vivir conforme a unos principios, sino que en realidad lo que parecen ser principios universales que orientan la conducta son en realidad reflexiones inconscientes sobre cuáles son los intereses nacionales en cada momento (Carr, 1946: 87). Sin embargo, esta posición del autor no niega su convencimiento en la existencia de es consciente de las limitaciones del realismo, título del sexto capítulo de su libro, en el que considera que uno de sus principales problemas es la carencia de un objetivo o fin bueno, una apelación emocional, que sea capaz de orientar la acción política con referencia a un juicio sobre los principios justos. En cualquier caso, Carr es consciente de que este horizonte de sentido es puesto en entredicho en la práctica política internacional constantemente, de tal modo que las buenas intenciones del establecimiento de un tratado se acaban traicionando, hasta el punto de que es algo que se puede hacer con cierta justificación, puesto que “most people, while believing that states ought to act morally, do not expect of them the same kind of moral behavior which they expect of themselves and one another.” (Carr, 1946: 156).

Para Carr el código moral del filósofo no sirve para ser aplicado al ámbito de la política internacional. Sin embargo, los sentimientos éticos del hombre ordinario pueden posibilitar una mejor gestión de esta realidad. Para Carr es posible fortalecer una noción de compromiso ético en las relaciones internacionales por la vía de instrumentos legales e instituciones políticas, acuerdos que estarían garantizados por los estados, cuyo primer derecho sería el de supervivencia. A partir de este último partiría la posibilidad de pensar en un bien común para la sociedad internacional, partiendo del orden que cada estado sea capaz de garantizar. Así, las estructuras internacionales y sus normas implícitas o explícitas permitirían un cierto nivel de “moral reasoning” (Molloy: 88), no tratando de establecer una justicia absolutista sino de elaborar una moralidad contingente e históricamente fluida. Se trataría de una realidad no prefijada, de tal modo que las obligaciones y derechos internacionales dependerían de las perspectivas de los mandatarios en el cargo, asumiendo que los ciudadanos tendrían un mayor deber para con el estado y menores responsabilidades en el ámbito internacional. De ese modo, la ética sería aquello que los estados hicieran de ella, sin inspiración trascendental alguna

(Molloy: 88). Este pragmatismo se vería influenciado por la idea de que, aunque deba haber cierto equilibrio entre poder y moral, el ser humano solo puede llegar a un vacilante e irregular conocimiento del bien absoluto, de tal modo que solo la discusión, el acuerdo y el compromiso con la comunidad, la libertad y el progreso, aunque implique hacer uso de categorías débiles y poco fiables, pueden, en último término, dar pie a un cierto proyecto de moralidad en la sociedad internacional (Molloy: 90). Esto podría ser llevado a cabo por medio de, entre otras cosas, una funcional extensión del orden económico interno hacia una dimensión internacional.

3. La crítica de Morgenthau:

La obra de Morgenthau es, en varios sentidos, una respuesta a las propuestas de Carr. Así, las tesis del inglés aparecen representadas como un caso de estudio del declive del pensamiento político occidental, de tal modo que, a la vez que señalan este problema, participan de la misma lógica que origina el problema (Morgenthau, 1948b: 128). En ese sentido, Morgenthau rechaza la obra de Carr por entender que por medio de ella se destroza el legado del pensamiento político del siglo XIX (Morgenthau, 1948b: 129). Carr caería así en un relativismo y en una concepción instrumental de la moral (Molloy: 91), que le llevaría a poner al mismo nivel a la revolución soviética respecto de la cromwelliana o la jacobina, convirtiendo a la Unión Soviética en un campeón de la democracia y sosteniendo que la revolución soviética supuso un impacto moral en tanto que ponía en cuestión el modelo político occidental al retratarlo como un modelo al servicio de la clase privilegiada (Morgenthau, 1948b: 132-133). Por tanto, aunque Morgenthau ponga a Carr como elaborador de una crítica del pensamiento político occidental al nivel de Reinhold Niebuhr, considera su intento de proponer una síntesis entre realismo y utopía como un fracaso puesto que lo hace desde una noción particularmente vaga de lo que es la moral en realidad, entendiéndola meramente desde su óptica instrumentalista (Morgenthau, 1948b: 134). Así, ajeno a un punto de vista trascendental que le permita entender el fenómeno del poder y su relación con la ética, Carr se convertiría en un meto utópico en favor del poder, entendiendo que quien ostenta un poder aparentemente superior se convertiría necesariamente en depositario de una moral superior. La crítica de Morgenthau acabaría por sostener que Carr posiblemente haya tomado esta forma de pensar de teóricos políticos románticos como fueron sus

contemporáneos Adam Muller o Carl Schmitt², frente a lo cual debiera haber meditado los peligros de pensar como Maquiavelo sin reservar un espacio para el ejercicio de la virtud.

Morgenthau se sirve de su crítica para dar pie a la promoción de la búsqueda de una nueva visión trascendental de la moral, por medio de la cual se pueda fortalecer la virtud, esa que el pensamiento de Maquiavelo no parece fundamentar en el ámbito de lo ético. El autor considera que sin la promoción de la virtud la vida se convierte en un ciclo en el que la adquisición de poder lleva al deseo de más poder, de modo que el inherente egoísmo del hombre crea la “ubicuidad del mal”, lo que podemos conocer como el “paradigm and prototype of all possible corruption” (Molloy: 92). Partiendo de este punto, Morgenthau busca la posibilidad de una acción política en la que se pueda hacer el menor daño a los mandamientos de la ética cristiana, tratando de encontrar el mal menor. En esta labor, rechaza la posibilidad de hacer uso del pensamiento liberal en tanto que su formulación de la ética de la política contaría con unas deficiencias epistemológicas que arrastraría desde su elaboración racionalista (Molloy: 93). En cambio, la ética debe predicarse en términos de necesidad frente al escepticismo moral de Trasímaco y la imposibilidad de la convergencia de la ética y la política en Maquiavelo. Morgenthau propondrá, en cambio, buscar ese orden moral que Dios ha dado al universo: “As he later clarifies, ‘[i]n other words, there exists a moral order in the universe which God directs, the content of which we can guess. We are never sure that we guess correctly; or that in the end it will come out as God wants it to come out.’” (Molloy: 94).

De esos mandatos se pueden derivar virtudes políticas que se enfrentan a los valores del amor universal que quedan ejemplificados en la idea de Kant del concepto universal de justicia, un principio irrealizable por el ser humano según Morgenthau, algo que solo puede derivarse en realidad de la teología (Molloy: 94). Así, aunque acepte el rol del propio interés del estado, este debe mantenerse en consonancia con la búsqueda del menor mal y no con el criterio técnico que dice advertir en Trasímaco, en Maquiavelo o en el

² A pesar de la aparente conexión teórica entre el realismo de Schmitt y de Morgenthau, así como una relación académica que inicialmente resultó estimulante para ambos (Behr; Rösch: 19), Morgenthau rechaza gran parte de la comprensión política y moral de Schmitt por considerarla tautológica, beligerante y heredera de los peores resultados del dualismo hegeliano (Behr; Rösch: 20). De hecho, Morgenthau considera que el “enemigo”, según la categoría schmittiana, puede tener valor político o no, dependiendo de las circunstancias y de si corresponde o no con las ideas de valor contenidas en el concepto de lo político que el mismo construye (Morgenthau, 2012: 112).

propio Carr (Molloy: 95). Será el propio evento el que condicionará qué es lo que se debe hacer, por lo que la decisión respecto de este no puede estar tomada con anterioridad y se verá marcada por la prudencia, entendida como la habilidad de elaborar decisiones responsables dentro de la política internacional (Molloy: 95). Durante la deliberación se hará patente que no se debe sacrificar la existencia del Estado en pro de un valor, aunque se trate de un valor moral universal. En cambio, es necesario ser conscientes de que la supervivencia de las instituciones es prioritaria con respecto al compromiso con una abstracción como pudiera ser el imperativo de proteger o promover la libertad en otros países (Molloy: 95). Aun así, la prudencia es insuficiente, y es necesario contar con un propósito moral, que se encontraría ejemplificado en la idea de interés nacional siempre que la enunciación de este último implicase el respeto a la “dignidad moral” (Molloy: 96). En este sentido, el interés nacional no se entendería de una manera estrecha, sino como un elemento en el que cabe una cierta valoración normativa:

The national interest can, in short, serve as the basis for the universal recognition of particular interests, and therefore, of their accommodation. Morgenthau is here endorsing a type of ‘situational ethics’ in which the strict application of Christian ethics (a saintly ethic) is replaced by an alternative ethic in which the question is not how do I act to achieve salvation? In situational ethics, according to Morgenthau, ‘you have to ask yourself, “What is possible for the average man who is not a saint, who doesn’t aspire to sainthood, under the concrete conditions under which he lives”.’ (Molloy: 96).

Morgenthau estaría de acuerdo con Carr en la idea de que existe una disparidad entre el discurso moral de los agentes de la política internacional y la realidad de la moral que se encuentra en la misma, pero esta, aun siendo limitada, debe permanecer puesto que tiene un papel fundamental en la gestión de lo político (Molloy: 97). Partiendo de esta idea se podría argumentar que incluso el interés nacional podría estar limitado por más altos principios morales, de tal modo que la supervivencia del estado no podría justificar, por ejemplo, la ejecución de masas de población en tiempos de paz. Los acuerdos entre países serían, en la visión de Morgenthau, un modo de crear una cierta armonía moral, un elemento que podría ser ignorado o violado pero que “it is there nonetheless as a permanent and vital aspect of international life.” (Molloy: 97). En esta línea, Morgenthau lamenta el deterioro de los estándares morales de la política internacional, la cual habría degenerado, creando un camino hacia un defendiendo un acercamiento estrictamente amoral de la política internacional (Molloy: 98).

4. El papel de Maquiavelo en el debate:

Hasta este punto resulta evidente que Morgenthau trata de alejarse de todo aquello que pueda conectar su teoría con la de Maquiavelo, a la vez que trata de conectar las posiciones de Carr con el clásico del realismo. Es por ello, que, aunque sostiene que en cierta medida Maquiavelo podría estar en lo cierto sosteniendo que en la sociedad internacional los débiles están a merced de los fuertes, critica su obra, al igual que la de Hobbes, por no ser capaz de entender la necesidad que la opinión común ha visto a la hora de constreñir el poder y sus desmanes morales, por lo que serían otros autores como San Agustín o Locke quienes han tenido mayor influencia en el ámbito político (Morgenthau, 1948a: 169). Es de este modo como debemos entender esa idea anteriormente señalada, en relación con la crítica a Carr, de los peligros que se derivan de una teoría sin virtud como la de Maquiavelo.

Este rechazo a la tesis maquiaveliana en la obra de Morgenthau la confirman intérpretes como Beitz, según quien Maquiavelo habría justificado, en la pretensión de preservar el estado, el abandono de los principios de la moral común, lo que le convertiría en un defensor del “egoísmo ético” y del “international skepticism”. A su vez, Morgenthau no podría ser considerado igualmente escéptico puesto que su noción de interés nacional sería lo suficientemente amplia como para incluir ciertos valores morales como el bienestar global (Beitz: 23-24). Morgenthau abandonaría el escepticismo por la vía de entender que en ciertos casos el líder político podría ser juzgado desde bases morales. Ello no apondría fin a la ambigüedad en la que Morgenthau incurre con cierta frecuencia, como hemos podido ir apreciando en el apartado anterior y como confirman las lecturas de Beitz y Molloy:

The ambiguity concerns the scope of "national survival." When this means "the survival of the state's citizens," [...] When "national survival" extends further (for example, to the preservation of forms of cultural life or to the defense of economic interests) [...] In such cases the invocation of the national interest does not necessarily justify disregard of other moral standards. (Beitz: 55).

Comprender la ambigüedad en la que permanentemente se instala Morgenthau pasa por entenderla como una consecuencia de la búsqueda de un realismo que sea compatible con la búsqueda de garantías morales particularmente sólidas, lo cual posiblemente se trate de una quimera. En este sentido, como señala Luis Oro Tapia, si bien Morgenthau

“sostiene que la política es un microcosmos que está regido por su propia racionalidad y que, a pesar de que ella es ejecutada por seres humanos, funciona con una lógica que es invulnerable a los caprichos de los individuos” (Oro Tapia: 38), en otros momentos parece querer distanciarse “de la tesis de la autonomía de la política, especialmente cuando reconoce la existencia de valores universales” (Oro Tapia: 50). Así, Morgenthau estaría tratando de llevar a cabo la difícil tarea de combinar una lectura realista de la política con la idea de que existen «preceptos morales que gobiernan el universo” (Oro Tapia: 50). Como decíamos, posiblemente debamos concluir que esta ambigüedad se instala en su pensamiento como una verdadera necesidad de quien trabaja en el difícil ámbito de la justificación de las empresas internacionales. Afirmar con excesiva rotundidad ciertos principios o reglas especialmente claras no dejaría la autonomía necesaria en el ámbito de la política y su extrema contingencia y necesidad de encontrar un sentido o justificación del uso del poder. Esta misma ambigüedad sería igual de importante precisamente para el Maquiavelo que debía afrontar una intrincada labor política.

En este punto podemos comenzar a confirmar que la conexión entre Maquiavelo y Morgenthau es mayor de lo que a este último le gustaría reconocer. Si propugnamos una interpretación relativamente estrecha del concepto del interés nacional posiblemente podamos encuadrar esta misma dentro del pensamiento de Maquiavelo. De hecho, Scheuerman nos propone una lectura de la obra de Morgenthau en la que su inicial crítico realismo, no desarrollado totalmente ni de forma coherente ni total, se tornaría en un realismo sin matizaciones tras la Segunda Guerra Mundial. Así, si en su juventud se vinculó, en el contexto de la República de Weimar, con pensadores que iban en consonancia con su proyecto de elaborar una ley internacional a partir de la ley general, en su madurez habría optado por un mayor escepticismo respecto de la ley internacional (Scheuerman: 52-53). De ese modo, se habría alejado de los pensadores críticos para abrazar una ética de la responsabilidad weberiana³ en la que la acción es paradójica y que no tiene intención alguna de tratar de reconciliar las aspiraciones morales de una nación

³ Esta conexión entre Morgenthau y Weber podemos percibirla en la lectura de otros intérpretes, como es el caso de Turner, para quien Morgenthau se trataba de weberiano convencido, influenciado por su obra *Politics as a Vocation* (1919) y que aceptaba la irracionalidad moral del mundo, de tal modo que la búsqueda de la realización de los valores nacionales es lo único que daría sentido al presente (Turner: 67). Para Morgenthau “there is no such thing as one and the same truth for everyone” (Turner: 71), en lo que supondría un alejamiento de la búsqueda de los valores del bien absoluto. La conexión entre ambos autores implicaría finalmente una particular atención en la idea del liderazgo, dejando atrás la posibilidad de pensar un sistema de seguridad internacional despersonalizado gobernado por leyes mecánicas o cálculos racionales (Turner: 79).

con las leyes morales que gobiernan el universo (Scheuerman: 54). Si asumimos esto, podríamos considerar que la conexión con Maquiavelo es mayor, teniendo en cuenta que la ética de la responsabilidad weberiana está íntimamente influenciada por el florentino y sus posiciones en favor de aquellos que preferían salvar su ciudad y no su alma inmortal, ya que la política no puede convivir con una ética de convicciones absolutas (Weber: 135-150).

Como vemos, la obra de Morgenthau se enfrenta y a la vez es partícipe del pensamiento maquiaveliano, de modo que vive en esa tensión de construir un realismo que entienda las tendencias de la política tal y como los clásicos han ido dando cuenta de ellas, a la vez que busca una referencia “más allá” que le permita dejar a atrás los aspectos más nocivos del maquiavelismo. En este difícil equilibrio, el autor no es capaz de evitar incurrir en algunos casos en lo que para Maquiavelo serían ejemplos muy evidentes de ingenuidad. Ejemplo de ello es la idea de Morgenthau de que los tratados son, en cierta medida, un intento de establecer un contenido moral dentro del comportamiento de los países en el ámbito internacional (Morgenthau, 1948a: 180). ¿De qué serviría el tratado entre países si precisamente Morgenthau ya está dando por hecho, como señalábamos anteriormente, que dicho tratado se ignorará o violará conforme a los intereses de cada una de las partes? ¿No es más propio de un realista, siguiendo las tesis de Maquiavelo, y de muchos otros, entender que los tratados se llevan a cabo no por filantropía o altruismo sino porque se espera sacar ventaja de aquel con el que se firma el acuerdo?

En esta misma línea, Morgenthau permanece en el ámbito de un cierto idealismo o ingenuidad en su análisis al lamentarse del deterioro de los estándares morales de la política internacional, la cual se habría producido a inicios del siglo XX como consecuencia de dos procesos. En primer lugar, el paso de una sociedad internacional gestionada por grupos de aristócratas que representaban a sus países, pero que estaban fuertemente unidos a los representantes del resto de naciones por lazos aristocráticos y familiares, a una sociedad internacional en la que se encuentran los representantes democráticamente elegidos por cada país. Estos últimos no entenderían la política como un juego de competición en el que todos respetan las mismas reglas en tanto que la infracción implicaría poner sobre la mesa la indignidad personal y la falta de responsabilidad moral con los compromisos adquiridos, como sucedía anteriormente (Morgenthau, 1948a: 184). Por ello, la degeneración moral aumenta con el olvido de la ley natural internacional a la que esa aristocracia se sometía según sus creencias

cosmopolitas, y con, en segundo lugar, el auge de un nacionalismo excluyente que da como resultado, frente a la tendencia propia del siglo XIX en la que las independencias nacionales se entendían como un paso en favor del progreso de la humanidad contra la subordinación de cada comunidad nacional, el auge de las “national system of ethics” (Morgenthau, 1948a: 190) y su lucha por imponer una determinada visión del mundo al resto de los países:

Thus, carrying their idols before them, the nationalistic masses of our time meet in the international arena, each group convinced that it executes the mandate of history, that it does for humanity what it seems to do for itself, and that it fulfills a sacred mission ordained by providence, however defined. (Morgenthau, 1948a: 196).

La relación entre Carr y Maquiavelo no es menos compleja que la que se establece con Morgenthau. Si bien es evidente que existen muchos puntos en común entre el secretario florentino y Carr, este último trata de alejarse del espectro de la política amoral o inmoral tanto como lo hace Morgenthau. Ciertamente Carr lleva a cabo una cierta crítica de las propuestas del pensador italiano partiendo de la idea de que los burócratas, entre los que sitúa a Maquiavelo, entienden la política como un fin en sí mismo (Carr, 1946: 16). Sin embargo, igualmente admira su atrevimiento intelectual, ya que ya que para él se trató del primer político realista en tanto que inició una revuelta contra la utopía del pensamiento político precedente (Carr, 1946: 63).

Carr detecta tres puntos fundamentales en la obra de Maquiavelo, el primero de los cuales es el papel del estudio de la historia para comprender las relaciones entre causas y consecuencias, haciendo uso del análisis intelectual pero no de la imaginación de los utópicos. El segundo elemento es la idea de que es la práctica la que crea buena teoría política y no al revés, y, en tercer lugar, que la ética es una función o parte de la política y no viceversa, en tanto que la moralidad es producto del poder (Carr, 1946: 64). Así, en la mayoría de los puntos Carr defiende la relevancia del pensamiento de Maquiavelo, como en el caso en que considera que la dinámica de la política internacional confirma el aforismo extraído de los *Discorsi* en que se sostiene que "men never appear to themselves to possess securely what they have unless they acquire something further from another" (Carr, 1946: 112).

Sin embargo, aun teniendo en cuenta estas similitudes teóricas, que en algunos casos simplemente se niega a reconocer, Carr trata de desligarse de algunos de los puntos

más controvertidos del pensamiento de Maquiavelo. De hecho, de lo que verdaderamente trata de apartarse es de la caricatura maquiavélica, el espectro de la política amoral que anteriormente mencionábamos, puesto que no conoce la obra del secretario en profundidad, o simplemente no es el punto central de su atención. Así, no ve su acuerdo con el florentino cuando sostiene que la moral no debe aplicarse con iguales criterios a un sujeto, que debe siempre cumplir las pautas de lo establecido independientemente de que estas le perjudiquen o atenten contra sus intereses, que a un grupo o comunidad:

Nevertheless, while most people accept the hypothesis that group persons have in certain conditions a moral duty to act altruistically as well as justly, the duty of the group person appears by common consent to be more limited by self-interest than the duty of the individual. In theory, the individual who sacrifices his interests or even his life for the good of others is morally praiseworthy, though this duty might be limited by duty to family or dependents. The group person is not commonly expected to indulge in altruism at the cost of any serious sacrifice of its interests. (Carr, 1946: 158)

Esta misma idea marca el pensamiento de Maquiavelo: las transgresiones del príncipe no se justifican conforme a su interés particular, puesto que de ser así Maquiavelo no impediría que este se hiciera con las propiedades de sus súbditos o violase la integridad de las mujeres. En cambio, si el príncipe debe hacer uso de un solo tipo de crueldad es precisamente porque sólo ese tipo de crueldad garantiza el mantenimiento del orden público, asumiendo que la transgresión se justifica en términos de menor sacrificio para el resto de la comunidad⁴.

De igual modo, aunque Carr intenta desligarse de la imagen del *Old Nick*, es consciente de que en la obra de Maquiavelo no hay una mera presentación de artimañas que permitan el mero mantenimiento del poder. Como anteriormente apuntábamos, para Carr la falta de un horizonte o un sentido para la política es precisamente una de las

⁴ “Por ello, sostener que el príncipe nuevo no tiene otro objetivo que el mantenimiento de un orden que haga prosperar a la comunidad pasa por enfatizar que no existe un interés propio en la toma del poder. Esto se puede comprobar a través de una minuciosa lectura de *El príncipe* que señale los *deberes políticos* del gobernante: *debe* abstenerse «de tocar los bienes de sus ciudadanos y sus súbditos, y sus mujeres» (Maquiavelo, 2015: 116, XVII); «debe, si es prudente, no preocuparse de ser tachado de tacaño, porque con el tiempo siempre será considerado más liberal al ver sus súbditos que gracias a su parsimonia sus rentas le bastan» (*ibid.*: 112, XVI); «no debe tener otro objeto, ni otra preocupación, ni considerar competencia suya alguna, excepto la guerra y su organización y dirección» (*ibid.*: 106, XIV); «debe ir siempre de caza» (*ibid.*: 107, XIV); «debe leer las obras de los historiadores, y en ellas examinar las acciones de los hombres eminentes» (*ibid.*: 108, XIV); «debe mostrar también su aprecio por talento y honrar a los que sobresalen [...] debe procurar a sus ciudadanos la posibilidad de ejercer tranquilamente sus profesiones [...] debe tener dispuestas recompensas [...] debe entretener al pueblo en las épocas convenientes del año con fiestas y espectáculos [...]» (Fernández de la Peña: 91).

limitaciones del realismo, en la cual no incurriría Maquiavelo en tanto que el horizonte de su política se encuentra en el último capítulo de *El príncipe*, a saber, la unidad y liberación de Italia con respecto a los bárbaros (Carr, 1946: 89). Por tanto, aunque quiera minimizar la importancia de este objetivo del florentino sosteniendo que no se trataba de un objetivo real o innegociable, puesto que “Machiavelli, when he exhorted his compatriots to be good Italians, clearly assumed that they were free to follow or ignore his advice.” (Carr, 1946: 92), lo cierto es que lo que está reconociendo en el secretario es un pensamiento realista capaz de integrar elementos de la utopía o de un pensamiento político más amplio que nos libre de los peores lastres de un realismo incontrolado, un objetivo que, de hecho, aparece como principal fundamentación de su obra:

We return therefore to the conclusion that any sound political thought must be based on elements of both utopia and reality. Where utopianism has become a hollow and intolerable sham which serves merely as a disguise for the interests of the privileged, the realist performs an indispensable service in unmasking it. But pure realism can offer nothing but a naked struggle for power which makes any kind of international society impossible. *Having demolished the current utopia with the weapons of realism, we still need to build a new utopia of our own, which will one day fall to the same weapons.* The human will will continue to seek an escape from the logical consequences of realism in the vision of an international order which, as soon as it crystallizes itself into concrete political form, becomes tainted with self-interest and hypocrisy, and must once more be attacked with the instruments of realism. (Carr, 1946: 93)

5. Conclusión.

En el presente texto hemos tratado de mostrar el papel del pensamiento maquiaveliano dentro del debate entre Carr y Morgenthau, algo que conlleva una dificultad considerable partiendo de la idea apuntada por de Molloy de que tanto Morgenthau como Carr serían víctimas de la estandarización del lenguaje de las Relaciones Internacionales, de tal modo que sus complejas visiones de la cuestión ética en dicho campo habrían sido sacrificadas en la búsqueda de estandarización de las corrientes teóricas (Molloy: 98). Las diferencias entre ambos serían particularmente sutiles, de tal modo que, mientras que el realismo de Carr trata de apoyarse en una ética no prefijada que establezca una serie de ficciones y obligaciones en la sociedad internacional, en lo que Molloy conoce como una moral “plástica”, la moral en el realismo de Morgenthau se entiende como “existencial” en tanto

que busca una referencia más allá de lo sensible que permita salir de un enfoque realista amoral (Molloy: 100).

Como analizábamos en el apartado central, tanto Carr como Morgenthau toman elementos del realismo que pueden ser fácilmente conectados con la obra de Maquiavelo, a la vez que rechazan algunos de los puntos más polémicos de su obra para tratar de enfatizar su sensibilidad ética. Este modo de construir su realismo parece ser consciente de la necesidad de pensar la política en unos términos más adecuados a las necesidades de la “civilización”. En este sentido, alguno podría considerar que tanto Carr como Morgenthau se alejan de la amoralidad maquiaveliana porque ya no se encuentra en el contexto de la brutal Baja Edad Media sino “en pleno Siglo XX”, de modo que, conforme a la tesis de Immanuel Kant que sostiene que la sensibilidad moral del ser humano avanza al mismo ritmo que lo hace la civilización⁵, la humanidad tendería a abandonar las propuestas más cuestionables del realismo. La obra de ambos se podría concebir en estos términos: Carr elabora un catálogo con los requisitos que debe cumplir una nueva fe que le dé sentido a la política y Morgenthau insiste en la existencia de una verdadera conciencia moral en el ámbito internacional desarrollada a través de los tratados. Sin embargo, y aun contando con la tesis de Morgenthau de que el desastre es producto de la democratización y el nacionalismo, el contexto de las Dos Guerras Mundiales del Siglo XX debiera ayudarnos a negar la tesis de Kant del progreso moral de la humanidad para abrazar, en cambio, la tesis de que el realismo amoral que imputan a Maquiavelo seguía estando vigente en el momento en que escribían ambos autores. Ciertamente, la sensibilidad moral en tiempos del Renacimiento podía ser tan o más alta que la que vivimos en tiempos más recientes, conforme a la tesis de Carl Schmitt de que, irónicamente, conforme avanza la civilización, el ser humano es más capaz de deshumanizar al otro con el propósito de llevar a término sus objetivos⁶.

Por tanto, descartada esta posibilidad, el realismo maquiaveliano se encuentra muy presente en la obra de ambos, en especial en la de Carr, tal y como sostiene Morgenthau.

⁵ “Con ello se justifica la providencia en el curso del mundo, pues el principio moral no se apaga nunca en el hombre y el uso de la hábil razón en la realización de las ideas jurídicas de acuerdo con aquel principio aumenta continuamente con el progreso de la civilización, aumentando también la culpa por las transgresiones.” (Kant: 72)

⁶ “Aducir el nombre de la “humanidad”, apelar a la humanidad, confiscar este término, habida cuenta de que tan excelso nombre no puede ser pronunciado sin determinadas consecuencias, sólo puede poner de manifiesto la aterradora pretensión de negar al enemigo la calidad de hombres,...” [...] “A medida que progresa la civilización y se incrementa la moralidad, llegan a ser suficientes cosas bastante más inofensivas que el canibalismo para merecer una proscripción de esa clase; en algún momento puede que baste el que un pueblo no esté en condiciones de pagar sus deudas.” (Schmitt, 84).

La “plasticidad” de su moral, que desde mi punto de vista es un calificativo que se podría utilizar de una manera muy similar a la moral que encontramos en Maquiavelo⁷, pone un mayor énfasis en la necesidad de adoptar herramientas tomadas de la utopía como único método para dar cierto sentido a la lucha de poder y con ello limitar, tibiamente, la opción realista. Por otro lado, Morgenthau es también partícipe del realismo maquiaveliano, puesto que, como el florentino, piensa la política en términos de interés nacional, asumiendo la necesidad de llevar a cabo acciones que causen, o aparenten causar, el menor daño a los mandamientos de la ética cristiana, optando por el mal menor.

Sin embargo, y a diferencia de la coherencia de Carr, en Morgenthau conviven dos autores⁸ cuyos caminos podrían acabar en destinos muy alejados. Como decíamos anteriormente, el intento de Morgenthau de compatibilizar el realismo con la búsqueda de garantías morales particularmente sólidas en tanto que fruto de una realidad trascendente, es una quimera. No es posible querer enfocar la política en los crudos términos del ejercicio de la fuerza propia de los embajadores atenienses en la isla de Melos, para quienes “la justicia se imparte cuando los condicionamientos son iguales, en tanto que lo posible lo llevan a cabo los fuertes y los débiles consienten.” (Tucídides: 480), a la vez que se busca un Dios que le dé sentido a la advertencia al príncipe cristiano de que su palabra dada es más sagrada que un juramento (Erasmus: 152).

Esta duplicidad de Morgenthau es la que señalábamos al reflejar su crítica a la decadencia política que había acabado con el buen hacer propio del siglo XIX, algo que había sido posible solo por medio de los lazos familiares y aristocráticos entre soberanos y diplomáticos de distintas naciones europeas⁹, los cuales permitía que los países estuvieran más dispuestos a cumplir las normas internacionales. Frente a esto, la posición de Maquiavelo se define como realista por mostrar cómo los soberanos, a la vez que tratan de aparentar ese respeto por las normas morales o religiosas, puesto que es necesidad crear una apariencia de buen gobernante según los criterios morales del pueblo, tienen la

⁷ “De hecho, la principal posición sobre la que asentaremos nuestra interpretación es que Maquiavelo niega la posibilidad de una moral universal y diseña al menos dos roles bien diferenciados en lo que respecta a esta: la posición del príncipe o el gobernante republicano, y la posición de los súbditos o ciudadanos.” (Fernández de la Peña: 84).

⁸ Quizás se trate simplemente de que el pensamiento de Morgenthau fue mutando en diversas etapas de su vida, tal y como hemos mencionado anteriormente (Scheurman: 54).

⁹ Merecería mayor atención y espacio la cuestión de la relación entre aristocracia y democracia en la obra de Morgenthau puesto que en diversos pasajes se podría percibir una considerable simpatía por una política ajena a los modos del siglo XX. En este sentido, resulta evidente su desconfianza para con la democracia liberal, cuya tendencia a la política dubitativa le invita, en cambio, a apostar por una “fe genuina” (Tjalve: 181).

necesidad de quebrantar ciertas normas puesto que si no lo hacen ello va en detrimento de los intereses de la comunidad. Ejemplo de ello es cómo Maquiavelo denunciaba la caballeridad de la guerra que mantenía a Italia esclava de las potencias europeas¹⁰. Por tanto, ¿romper la palabra dada para permitir la independencia de un país implica una degeneración política y moral, “dissolution o fan ethical system” (Morgenthau, 1948a: 184)? Si el embajador inglés se siente más cómodo interactuando con su homólogo francés y respetando los tratos con él acordados¹¹, incluso en contra del bienestar o la supervivencia de su pueblo en caso de crisis o guerra, lo que está haciendo es poner un bien moral, y la salvación de su alma, por delante de una ética de responsabilidades que pareciera corresponder más con las tareas encargadas al político (Weber: 134-139). Es por esto por lo que los textos de Morgenthau parecen, en algunos casos, cumplir el rol más bien de un legitimador o propagandista de las políticas en el ámbito internacional de la potencia mundial para la que trabajaba, las cuáles deben aderezarse con la pertinente cantidad de moralismo necesario del imperio filantrópico. Al hacer esto, Morgenthau estaría abandonando su rol de analista de las relaciones internacionales de su tiempo.

No podemos concluir el texto sin una mención a la verdadera barrera que separa a Carr y Morgenthau de Maquiavelo. El secretario florentino vivía en un mundo en el que no era posible pensar tipo alguno de organización supraestatal que permitiera acuerdos particularmente estables entre países. En ese sentido, aunque el papado pudiera representar una especie de tribunal internacional que permitiera solucionar conflictos o elaborar acuerdos entre países¹², la obra de Maquiavelo precisamente advierte de que los Estados Pontificios no tenían nada de neutral, algo que pasará a confirmarse con la Paz de Westfalia de 1648. Así, si bien en Maquiavelo cabe la posibilidad de pensar en la posibilidad de dotar de una moral a la comunidad, utilizando medios políticos para acabar con la corrupción y la degeneración de una determinada sociedad (Fernández de la Peña: 82-93), fuera de la comunidad no hay nada más que desorden, caos y guerra. El conflicto natural en el que se desarrolla la vida social podía ser canalizado dentro de un país por

¹⁰ “Y todas estas cosas estaban permitidas en sus reglamentos militares, ingeniadas -como hemos dicho- para evitar la fatiga y los peligros. De esta forma han reducido a Italia con todo ello a la esclavitud y al escarnio.” (Maquiavelo: 101).

¹¹ “In that period of history, the Austrian Ambassador to France felt more at home at the court of Versailles than among his own nonaristocratic compatriots. He had closer social and moral ties with the members of the French aristocracy and the other aristocratic members of the diplomatic corps than with the Austrians of humble origin.” (Morgenthau, 1948a: 185).

¹² Valen como ejemplo las bulas Alejandrinas presentadas por el papa Alejandro VI como garantía del resultado del Tratado de Tordesillas, que establecía un reparto de las zonas de navegación y conquista del Nuevo Mundo entre la Monarquía Hispánica y el Reino de Portugal.

medio de las leyes, pero en el contexto internacional no había nada más que la posibilidad de llevar a cabo pactos cuya vigencia no era fácil de mantener. Frente a esto, en el contexto de principios y, especialmente, de mediados del siglo XX ya se percibe la posibilidad de crear instituciones internacionales cuya vigencia e influencia sea más fácil de mantener que la de simples tratados elaborados entre dos estados. Esta es precisamente la posibilidad que abrió caminos nuevos para la política internacional. Sin embargo, la voz de Maquiavelo podrá, y deberá, seguir alertando contra aquellos que tratan de convencer de que los tratados y las alianzas se hacen con la intención de ayudar al prójimo y no de aumentar el propio poder con la intención de ser capaces de dominar a otros, incluidos los aliados.

Bibliografía

- Aron, Raymond. 2003. *Peace and War: A Theory of International Relations*. With a new introduction by Daniel J. Mahoney & Brian C. Anderson. New York (US): Transaction Publishers.
- Beitz, Charles R. 1999. *Political Theory and International Relations. With a New Afterword by the Author*, Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Bell, Duncan. 2008. "Introduction: Under an Empty Sky—Realism and Political Theory", pp. 1-25, en Bell, Duncan (ed.). *Political Thought and International Relations. Variations on a Realist Theme*. New York (US): Oxford University Press.
- Behr, Hartmut; Rösch, Felix. 2012. "Part I Introduction" en Morgenthau, Hans J. (2012). *The Concept of the Political*. Edited by Hartmut Behr and Felix Rösch. Translated by Maeva Vidal. Hampshire (UK): Palgrave Macmillan.
- Carr, Edward Hallett. 1942. *Conditions of peace*. London (UK): Macmillan & Co.
- . 1946. *The Twenty Years' Crisis 1919-1939. An Introduction to The Study of International Relations*. London (UK): Macmillan & Co.
- Erasmus de Rotterdam. 2012. *Educación del príncipe cristiano*, Editorial Tecnos, Madrid.

- Fernández de la Peña, Miguel. 2021. "Lecturas de un Maquiavelo moral: una revisión actualizada." *Revista de Estudios Políticos*, 192, 67-94. <https://doi.org/10.18042/cepc/rep.192.03>
- Kant, Immanuel. 2014. *Sobre la paz perpetua*. Presentación de Antonio Truyol y Serra. Edición de Joaquín Abellán, Madrid: Tecnos.
- Kenealy D, Kostagiannis K. 2013. "Realist Visions of European Union: E.H. Carr and Integration." *Millennium*. 41(2):221-246.
- Kissinger, Henry A. 1995. *La diplomacia*. Traducción de Mónica Utrilla, México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Leung, J. 2012. "Machiavelli and International Relations Theory." *Glendon Journal of International Studies*, 1.
- Maquiavelo, Nicolás. 2015. *El Príncipe*, Alianza Editorial, Madrid.
- Mindle, Grant B. 1985. "Machiavelli's Realism." *The Review of Politics*, Vol. 47, No. 2, pp. 212-230.
- Molloy, Seán. 2008. "Hans J. Morgenthau Versus E. H. Carr: Conflicting Conceptions of Ethics in Realism", pp. 83-104, en Bell, *op. cit.*
- Morgenthau, Hans J. 1948a. *Politics Among Nations: The Struggle for Peace and Power*, New York (US): Alfred A Knopf.
- . 1948b. "The Political Science of E. H. Carr. A review of *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939, Conditions of Peace, Nationalism and After, The Soviet Impact on the Western World*." *World Politics*, Oct. 1948, Vol. 1, No. 1. 127-134.
- . 2012. *The Concept of the Political*. Edited by Hartmut Behr and Felix Rösch. Translated by Maeva Vidal. Hampshire (UK): Palgrave Macmillan.
- Oro Tapia, Luis R. 2013. *El concepto de realismo político*. Prólogo de Joaquín Abellán. Santiago de Chile: RIL Editores.
- Scheurman, William E. 2008. "A Theoretical Missed Opportunity? Hans J. Morgenthau as Critical Realist," pp. 41-62, en Bell, *op. cit.*
- Schmitt, Carl. 2009. *El concepto de lo político*. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios. Versión de Rafael Agapito, Madrid: Alianza editorial.
- Strauss, Leo. 1958. *Thoughts on Machiavelli*, Glencoe (US): The Free Press.

- Tjalve, Vibeke Schou. 2008. "Realism and the Politics of (Dis)Enchantment", pp. 177-194 en Bell, *op. cit.*
- Tucídides. 2016. *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid: Ediciones Cátedra.
- Turner, Stephen P. 2008. "Hans J. Morgenthau and the Legacy of Max Weber." pp. 63-82, en Bell, *op. cit.*
- Viroli, Maurizio. 2014. *Redeeming The Prince. The Meaning of Machiavelli's Masterpiece*, Princeton y Oxford: Princeton University Press.
- Weber, Max. 2018. *La política como profesión*. Edición de Joaquín Abellán, Madrid: Biblioteca Nueva.